

CUENTOS Y LEYENDAS

DE LOS ÁRBOLES

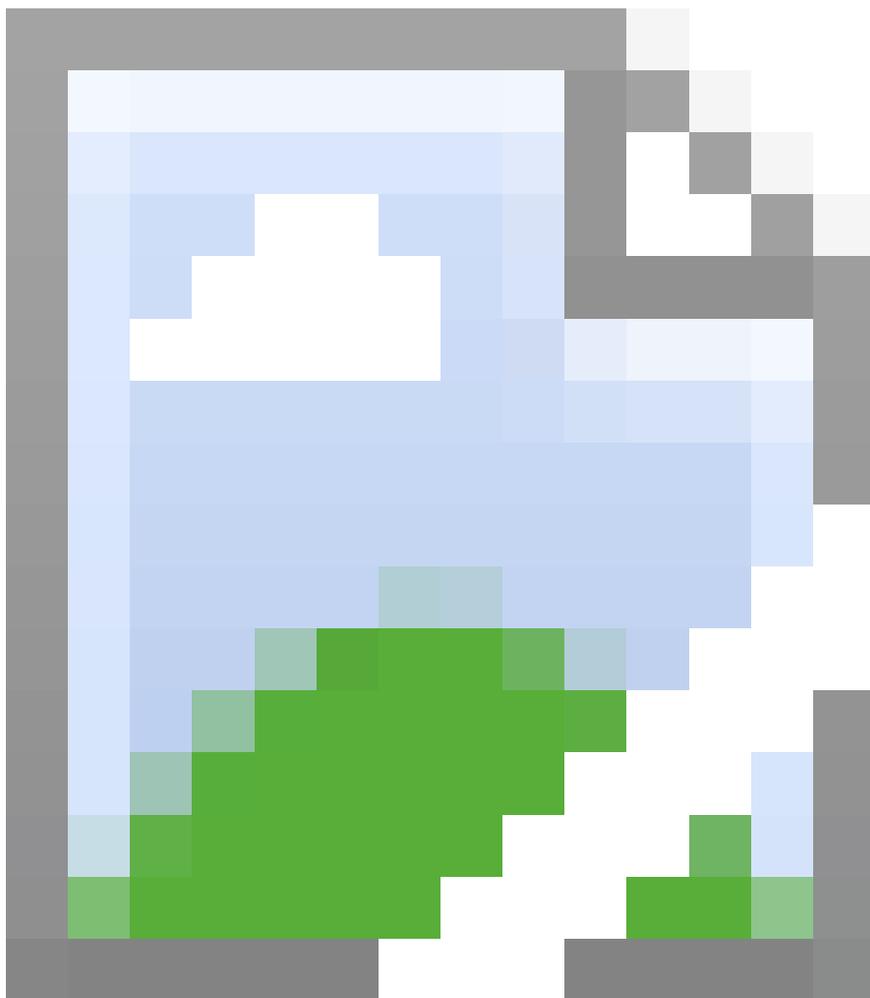
Ana Alonso



TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS



Poderosos, antiguos, con las ramas apuntando hacia el cielo y las raíces ancladas en la tierra..., los árboles han inspirado leyendas e historias en todas las grandes civilizaciones humanas. A lo largo de estas páginas, encontramos algunas de las más famosas y sorprendentes. Relatos que nos permitirán conocer el poder de ciertos árboles únicos, su relación con importantes personajes mitológicos y la belleza de las tradiciones asociadas a ellos.





I

La batalla de los árboles*LEYENDA GALESA^[1]*

Lleu nunca entendió por qué su madre, Arianrhod, lo odiaba tanto. Ningún héroe galés era tan valiente en el campo de batalla, ni tan risueño en las noches de verano, cuando los jóvenes bailaban alrededor de las hogueras. Nadie se mostraba tan ingenioso como él a la hora de planear las cacerías, y todo el que lo conocía llegaba a tomarle cariño, incluidos los animales (tenía un halcón, media docena de perros y dos caballos). Arianrhod, sin embargo, no lo quería. Unos decían que era porque aquel hijo le recordaba los errores de su juventud, otros que su corazón se había secado al traerlo al mundo y nunca había vuelto a florecer.

Pero a Lleu no le importaban los desprecios y el rencor de su madre. Desde pequeño se había criado con su tío Gwydion, que además de ser el mejor de los guerreros conocía los secretos de la naturaleza y de la magia. Gracias a eso, Gwydion había logrado proteger a Lleu de las maldiciones que Arianrhod le lanzaba cada vez que lo veía.

La primera de esas maldiciones había dejado al muchacho sin nombre, pero Gwydion se lo devolvió. La segunda maldición condenaba a Lleu a no poder usar más armas que las que su madre le diera, pero Gwydion enga-

ñó una vez más a Arianrhod para que, sin saberlo, ofreciese las mejores armas a su hijo.

La tercera maldición fue la más difícil de romper. Arianrhod, al ver a su hijo crecido y en edad de tomar esposa, lo condenó a no poder casarse con ninguna mujer mortal. Gwydion lloró al conocer el maleficio. No soportaba la idea de que su sobrino viviese sin saber lo que era el amor. Así que estuvo investigando en los viejos libros del hechicero Math hasta que encontró una solución para el problema de Lleu. Si no podía casarse con una mujer humana, le daría una esposa hecha con los seres más hermosos nacidos de la tierra.

Para fabricar a la mujer de Lleu, Gwydion tomó flores de roble^[2] y de retama^[3] y las mezcló con rosas silvestres. Después de macerar su preparado en agua de lluvia, pronunció sobre él los conjuros antiguos que había hallado en los libros de Math. Y de las flores de roble y de retama mezcladas con rosas surgió la muchacha más bella que se haya visto jamás. Al contemplar la fresca rosada de su rostro, Gwydion decidió llamarla Blodeuedd, que significa «Cara de flor».

—Aquí tienes a tu esposa —le dijo a Lleu, que contemplaba a Blodeuedd maravillado—. Cuida de ella y ámala para que ella pueda amarte a ti y hacerte feliz.

Lleu se enamoró de Blodeuedd en cuanto la vio. Al principio, la quería tanto que no soportaba separarse de ella. Pero después se fue acostumbrando poco a poco a ver a Blodeuedd cada mañana al despertar, y cada tarde hilando en la rueca junto a la ventana, y cada noche removiendo pensativa el agua para hervir la avena sobre los rescoldos del fuego. Y llegó un momento en que la belleza de su mujer dejó de conmoverle. Le aburría encontrarse con aquella frágil delicadeza cada vez que regresaba a su casa. Quería distraerse contemplando otros rostros y otros lugares. Así que empezó a ausentarse cada vez más

tiempo para participar en torneos y batallas por todo el territorio de Gales y también en Irlanda, al otro lado del mar.

Blodeuedd lloraba cuando Lleu se iba. Ella no tenía un corazón humano y no sabía estar sola consigo misma. Si no tenía cerca a Lleu para verse reflejada en sus ojos, sentía que no existía. Se asustaba. Se sentía vacía por dentro. Se aburría muchísimo.

Una tarde, cansada de llorar, se arregló para ir a una fiesta que ofrecía Grown Pebr, el señor de Penllyn. Cuando llegó al castillo de Grown con su capa de lana roja y sus brazaletes de perlas, descubrió que ella era la única invitada. Así que bailó con Grown Pebr toda la noche y se enamoró de él. Al amanecer, Grown le dijo:

–Tienes que ser mi esposa. No soporto la idea de alejarme de ti.

–Pero yo ya tengo un esposo –contestó ella–. ¿Qué voy a hacer con Lleu?

–Es muy sencillo: lo mataremos –dijo Grown–. Así podremos estar juntos.

Como Blodeuedd no tenía un corazón humano, no sabía amar de verdad. Así que aceptó el plan de Grown. Pero cuando empezaron a pensar el modo de ponerlo en práctica, se dieron cuenta de que no era tan fácil como parecía, porque Lleu estaba protegido por los conjuros de Gwydion, y no se le podía matar ni de día ni de noche, ni dentro de un edificio ni al aire libre, ni caminando ni cabalgando, ni vestido ni desnudo, ni con ningún arma conocida.

Aun así, Blodeuedd sabía que su marido no era inmortal. Tenía que existir alguna forma de matar a Lleu. Y si existía, Lleu debía de saber cuál era. Blodeuedd se propuso sonsacarle su secreto la próxima vez que regresase a casa.

Cuando Lleu volvió de una cacería de ciervos en las tierras del norte, se sorprendió al encontrarse a su mujer de tan buen humor. Se había habituado a hallarla siempre en-

furruñada y pálida, y a sufrir sus reproches por haberse ausentado durante tanto tiempo. Sin embargo, esta vez Blodeuedd no se quejó al verle ni se enfadó con él. En lugar de eso, le echó los brazos al cuello y le susurró que le había echado mucho de menos.

Lleu se enterneció ante aquel recibimiento. Abrazó a Blodeuedd, la miró a los ojos y su belleza le dejó sin aliento. ¿Cómo había podido olvidarse de que su esposa era la criatura más perfecta sobre la Tierra? Y además, se la veía tan alegre, y tan interesada en sus cosas... No dejaba de hacerle preguntas. Y a Lleu le gustaba hablar de sí mismo: le contó sus éxitos en los últimos torneos, algunas de sus hazañas guerreras más antiguas, y habló de un bosque mágico que había visitado en la infancia con su tío Gwydion.

–Le debes mucho a tu tío –observó Blodeuedd–. Gracias a él, nadie en este mundo puede matarte ni hacerte daño.

–Bueno, eso no es del todo cierto –dijo Lleu sonriendo–. Es verdad que nadie puede matarme ni de día ni de noche, ni dentro de un edificio ni al aire libre, ni caminando ni cabalgando, ni vestido ni desnudo, ni con ningún arma conocida. Pero podrían matarme durante el crepúsculo, envuelto en una red, con un pie dentro de una bañera y el otro encima de una piel de cabra, a la orilla de un río y con una espada forjada^[4] a lo largo de un año entero durante las horas en que todo el mundo acude a misa.

Blodeuedd le contó a Grown lo que su marido le había revelado, y entre los dos planearon la muerte de Lleu. No fue fácil conseguir que se dejase conducir a la orilla del río y envolverlo en una red para después meterle un pie en una bañera mientras con el otro pie le hacían pisar una piel de cabra, pero lo consiguieron. Había pasado un año, y Grown había tenido tiempo de encargar a un herrero que forjase durante las horas de misa la espada que iba a utilizar.

Pero lo que pasó cuando Grown hundió la espada en el pecho de Lleu no fue lo que él y Blodeuedd esperaban, porque Lleu, en lugar de morir, se convirtió en un águila y huyó volando. Gwydion vio pasar el águila por encima de su castillo y reconoció a su sobrino. Inmediatamente fue a por su caballo para ir en busca del desgraciado muchacho.

Encontró al águila en lo alto de un roble. Gwydion sabía que, para devolverle la forma humana, debía conseguir que el águila bajase a tierra y se metiese bajo la sombra del árbol, pero para lograrlo tuvo que entonar un canto mágico, porque Lleu no recordaba nada de su vida anterior y no quería pisar el suelo como los hombres. Sin embargo, la magia de Gwydion era tan poderosa, que al final consiguió lo que se había propuesto. Su canción mágica atrajo al águila a tierra y su sobrino recuperó su cuerpo y su rostro. Volvía a ser Lleu.

Para castigar a Blodeuedd, Gwydion la convirtió en un búho, y le dijo:

–No te atreverás a asomar nunca más tu rostro a la luz del día, y existirá una enemistad eterna entre tú y el resto de las aves. Ellas te despreciarán dondequiera que vayas y no encontrarás un rincón en el mundo donde vivir tranquila.

Blodeuedd quedó convertida en un búho al instante, y ya no pudo contestar. Después, Gwydion se fue en busca de Grown para hacerle pagar por su crimen, pero Grown huyó. Cabalgó días y días buscando un sitio donde esconderse, pero sabía que antes o después Gwydion lo encontraría. El único lugar donde podía refugiarse era el reino de Annon, también conocido como el Otro Mundo.

Para que Arawn, el rey de Annon, le dejase entrar en sus dominios, Grown cazó un corzo blanco y se lo regaló. A Arawn le pareció el animal más bonito que había visto nunca, y dejó que Grown se quedase a vivir con él.

Pero Grown no podría vivir tranquilo mientras Gwydion siguiese buscándolo, así que se le ocurrió una idea para terminar definitivamente con su enemigo. Una noche, mientras todos dormían, Grown mató al corzo blanco. Por la mañana, le dijo a Arawn que el responsable de la muerte del animal había sido Gwydion.

Fue entonces cuando el señor del Otro Mundo le declaró la guerra al tío de Lleu. Y como no se lo esperaba, Gwydion no estaba preparado.

—¿Qué vamos a hacer? —le dijo Lleu—. Ni siquiera tenemos tropas para combatir, y ellos cuentan en su ejército con el mejor guerrero del mundo. Según dicen, solo se le puede vencer averiguando su nombre.

—¿Dices que no tenemos un ejército? —replicó Gwydion—. ¡Claro que lo tenemos! Míralo, está delante de ti.

Lleu miró y solo vio un bosque de altos árboles que mecían sus copas en el viento. Pero justo en ese instante tuvo la impresión de que los gruesos troncos comenzaban a moverse. ¡Sí, se estaban moviendo! Avanzaban todos a la vez, como un ejército en formación.

—¿Qué milagro es este? —preguntó.

—El milagro de los árboles. Yo siempre los he protegido a ellos, y ahora ellos quieren protegerme a mí —contestó Gwydion—. No tenemos que hacer nada, sobrino... Ellos solos se enfrentarán al señor del Otro Mundo.

Y así fue. Primero atacaron los alisos y los serbales, después los espinos blancos^[5]. Los guerreros de Arawn caían como moscas ante el avance imparable de los árboles. Solo uno de ellos, el guerrero sin nombre, se resistía con fiereza y blandía su espada como si fuera un hacha, tronchando ramas y rebanando troncos. Varios álamos^[6] cayeron bajo sus ataques, y hasta los robles tuvieron que retroceder, incapaces de detenerlo.

Pero mientras los robles se retiraban, el acebo^[7] se acercó al guerrero sin nombre por detrás y le hizo cosqui-

llas con los pinchos de sus hojas. De la risa del guerrero cayeron algunas letras que Gwydion recogió y ordenó.

—Te llamas Bran —le gritó al guerrero—. Ese es el nombre secreto que se escondía dentro de tu pecho, y que la risa te ha robado.

Después de decir esto hundió su espada entre las costillas de Bran y este cayó al suelo de bruces, muerto.

En ese mismo instante los robles se pusieron a cantar con sus ramas oscilando en el viento, y Arawn escuchó lo que decían: estaban contando que Gwydion no había sido el responsable de la muerte del corzo. Era Grown quien había matado al animal, y ellos lo habían visto.

Arawn dejó que las lágrimas empapasen su rostro y dio orden a los soldados que le quedaban para que se retirasen.

Respecto a Grown, no se le permitió regresar al Otro Mundo, y nadie en el nuestro ha vuelto a verlo jamás.

II

Apolo y Dafne^[8]*LEYENDA GRECOLATINA^[9]*

No es de extrañar que Apolo se creyese el mejor de los dioses griegos. Era sin duda el más apuesto, su valentía se había vuelto legendaria, como arquero y cazador no tenía rival, y por si fuera poco se le consideraba el protector de la música y las artes, así como el inventor de la medicina. Los hombres lo invocaban cuando estaban enfermos llamándolo «El Auxiliador», y los músicos lo honraban para asegurarse de que sus cantos sonasen siempre bien afinados.

La fama de su destreza con el arco creció aún más cuando en el Olimpo, donde vivían todos los dioses, se supo que Apolo había logrado abatir con sus flechas a la descomunal Pitón, una serpiente monstruosa que durante años había dominado el oráculo de Delfos^[10], donde las sacerdotisas podían sondear en el espejo del tiempo y adivinar el porvenir.

Después de su victoria sobre el monstruo, el oráculo se encontraba bajo la protección del dios, y él, para conseguir los mejores sacerdotes e instalarlos en Delfos, se convirtió en delfín y de ese modo atrajo un barco donde viajaban los más sabios y virtuosos ancianos de la isla de Creta^[11].

Orgullosa de todas aquellas hazañas, Apolo regresó al Olimpo para tomarse un descanso de sus quehaceres. Y una mañana, mientras contemplaba los valles al pie de la montaña desde una roca, se fijó en que el pequeño Eros^[12], al que consideraba el más débil de los dioses, se estaba entrenando con el arco.

Apolo, divertido por la escena, se acercó a él y le dijo:

—¿Qué ocurre, pequeño? ¿Tú también quieres convertirte en un héroe disparando flechas, como yo? Eros, no eres más que un niño. Yo que tú dejaría las armas y elegiría juegos menos peligrosos. ¿No eres acaso el dios del amor? Pues dedícate a esas chiquilladas y no toques las cosas de los mayores.

Eros miró a Apolo indignado. Era el único dios niño, y estaba harto de que todos se metiesen con él por creerlo más débil que los demás.

—Es cierto que tus flechas pueden matar monstruos y las mías no —reconoció—. Pero mis flechas pueden destrozarse el corazón de un hombre y hasta el de un dios sin necesidad de matarlo.

—Eso es una estupidez —replicó Apolo en tono burlón—. No se puede tener el corazón destrozado y seguir vivo.

—¿Eso crees? Muy bien... Te voy a dar la ocasión de comprobarlo.

Con asombrosa rapidez, Eros se sacó una flecha de oro de su aljaba^[13] y se la disparó a Apolo, clavándosela en el pecho. Apolo no sintió un dolor intenso, solo una ligera quemazón, como si una abeja le hubiera picado. Se arrancó la flecha de oro y miró a Eros con una sonrisa de lástima.

El dios niño, en ese instante, estaba apuntando con otra flecha a una joven que pasaba corriendo junto al río. Antes de que Apolo pudiera impedirlo, la flecha ya volaba en dirección a la muchacha. Desde lejos, Apolo vio cómo el proyectil se clavaba en la espalda de la joven.

Y también notó algo más: un sentimiento nuevo para él y que le hacía desear acercarse a aquella joven, hablarle, tocar sus cabellos y acariciar su piel...

Había oído hablar de aquellas reacciones, y de inmediato comprendió que se había enamorado. La culpa de todo la tenía Eros. La flecha que le había clavado era una flecha de amor. Sí, amaba desesperadamente a aquella joven que, a la orilla del río, acababa de arrancarse otra flecha parecida de su espalda.

Apolo miró a Eros a los ojos. El orgullo había desaparecido de su rostro. Sonreía con humildad. Se inclinó graciosamente, como haciendo una reverencia.

—Está bien, dios niño, admito que me he equivocado contigo. Tus flechas no son menos poderosas que las mías. Ahora ya sé qué es eso del amor. Gracias por hacerme entender. ¿Tú conoces el nombre de la muchacha a la que amo? —añadió señalando en dirección al río.

—Se llama Dafne y es una dríade^[14], hija del dios río Peneo —contestó Eros sonriendo a su vez.

—He visto que también le has disparado a ella una de tus flechas —continuó Apolo—. Yo... No sé cómo darte las gracias. El amor de esa joven es para mí, en este instante, lo más valioso del mundo. He recibido una gran lección. Eros, estoy en deuda contigo. Pero ahora, si me perdonas, voy a buscar a mi amada.

Eros emitió una carcajada cristalina.

—¿Vas a buscar a Dafne y crees que ella te recibirá con los brazos abiertos? —preguntó—. Ay, Apolo, ahora el que parece un niño eres tú. ¿De verdad pensabas que iba a premiar tu arrogancia regalándote el amor de una de las criaturas más bellas del Olimpo? Ni en sueños. Tú la amas a ella, pero ella no te ama a ti.

Apolo lo miró sin comprender.

—Pero Eros... Yo he visto cómo le disparabas una flecha a ella también. Eso quiere decir que me amaré lo mismo que yo a ella.

Eros se acercó a Apolo y abrió su aljaba para mostrarle las flechas que contenía.

–Fíjate bien –le dijo–. No todas son iguales.

Apolo sacó con cuidado dos flechas de la aljaba de Eros. Una tenía la punta de oro, afilada y brillante. La otra la tenía de plomo, pero no era menos afilada.

–¿Cuál es la diferencia entre las dos? –preguntó con el alma en un hilo.

–La flecha de oro hace nacer en la víctima un amor apasionado que es capaz de enfrentarse a toda clase de dificultades –explicó Eros encantado consigo mismo–. La flecha de plomo provoca lo contrario: un rechazo inquebrantable hacia el que ama.

–Y la flecha que le has disparado a Dafne...

Apolo no terminó la frase. El dios del amor lo hizo por él.

–Era de plomo.

Los ojos de Apolo, normalmente claros, se volvieron del color del cielo durante la tormenta.

–Tú no eres más que un dios menor. No puedes compararte conmigo –dijo en tono amenazador–. Iré en busca de Dafne y romperé este absurdo hechizo tuyo con mis poderes. Ella me amará. ¿Cómo podría no amarme? Soy Apolo. Todo el mundo me ama.

Sin aguardar la respuesta de Eros, Apolo echó a correr hacia el lugar donde había visto a Dafne. La dríade seguía en el mismo sitio, tejiendo una guirnalda de anémonas y campanillas^[15] azules junto a las aguas de su padre, el río.

Al ver aproximarse al dios con aquel aspecto sediento y angustiado, Dafne sintió un miedo incontrolable. Arrojó al suelo la corona de flores que estaba tejiendo y echó a correr. Como todas las dríades, era ligera y ágil. Parecía moverse a la velocidad del viento. Pero Apolo era un dios, uno de los más poderosos. Antes o después le daría alcance.